



DON MIGUEL DE UNAMUNO HABLA DE TEMAS DE GRAN ACTUALIDAD

Por no haber podido tomar parte en la conferencia anunciada para anoche, a las siete y media, en la Federación Obrera, el orador a cuyo cargo estaba la disertación, ocupó la tribuna de la Casa del Pueblo el ilustre vice-rector de esta Universidad, D. Miguel de Unamuno.

El Sr. Unamuno comenzó diciendo:

Ante todo debo deshacer un error. En la última conferencia se dijo que por no poder venir hoy el señor anunciado, se celebraría otra por un orador que aún no se conocía, y conste que lo dije de buena fe. No fué «truco», y esperaba que de entonces acá en el estado de inquietud constante y de ansiedad en que vivimos surgiese un orador o mejor dicho, un suceso imprevisto que nos impulsase a mí o a otro cualquiera a tomar la palabra.

Pero se tomó la cosa en un sentido distinto, y esto ha hecho que no se presente ningún voluntario, y que yo que por otra parte tengo ganas de hablar, venga hoy aquí a dirigiros, no un discurso, ni una conferencia, sino una charla improvisada que debería ser como una especie de controversia pública, mejor dicho de interviu pública, en que tomase parte el auditorio.

Hoy los que viven del ambiente público, no pueden menos, y cuando en cuando, de sentir la necesidad de hablar al público y pensar en alta voz.

Además yo en Salamanca, no he hablado mucho. Se me han presentado pocas ocasiones, y en algunas de ellas he rehusado el tomar parte, como ocurre, por ejemplo, en todas las fiestas relacionadas con el centenario de Santa Teresa.

Si se hubiese tratado únicamente de la Santa, no lo hubiera hecho, pero era difícil formar parte de esta fiesta sin tener que rozar cosas que no están muy en armonía con mi manera de pensar.

Y luego, a aquella mujer la están trastornando bastante.

Se han hecho cosas verdaderamente ridículas, como el informe profundamente universitario y muy semejante al del «Rey que rabió», que se remitió con motivo de aquel famoso milagro de las espinas.

Se decía que del corazón de la Santa habían brotado espinas, y se remitió el aludido informe minucioso y escrupulosamente estudiado al prelado de la diócesis para que los informara. Este lo desautorizó (ya no existen las espinas) y le quitó todo valor al hecho, quedando así abortado el milagro, fundamentalmente una superchería.

En otras fiestas como las de Galán, mi entrañable amigo, no he tomado parte por respeto a su memoria que también se ha querido falsear y hacer cuestión de secta y de partido.

Además, se ha intentado monopolizarle, primero en el sentido regional y después en el dogmático. Por cierto que se ha recordado, comparándole con Galán y haciéndolo cuestión completamente regional, a fray Luis de León, que nació en Cuenca, a Meléndez Valdés, que no recuerdo donde nació, pero, desde luego, no en Salamanca, y a otro poeta, que ese sí nació aquí.

En cambio nadie se ha acordado del

poeta más delicado y de más sentimiento y genuinamente salmanitino. Me refiero a Ventura Ruiz de Aguilera. Pero lo que ocurre es que Galán se crió aquí y Aguilera, aunque nació en Salamanca, marchó a Baños de Montemayor, después a Madrid y no volvió a pisar jamás su tierra. Sin embargo, la recordó muy a menudo con cariño, según me decía Giner de los Ríos, y en verdad, me explico que no volviera, precisamente por amor a ella.

Aguilera temía encontrarse aquí al regresar, la triste realidad y que hubiese más muertos que vivos de sus parientes y conocidos y que apenas nadie ya le recordase.

Yo, que llevo largos años en Salamanca, al lado de la Salamanca actual en que vivo, existe el recuerdo de la otra Salamanca que conocí cuando llegué.

Volviendo a las comparaciones de que ha sido objeto Galán, sería muy interesante marcar las diferencias que existen entre «El ama», poema, que pretendía ser concreto y se generalizó después a toda la mujer castellana, y aquel canto del «Dolor de los dolores», de Aguilera, sobre la muerte de su hija Elisa, hermosa composición, que es difícil leer sin llorar y que tiene en sus versos todo el sentimiento y la emoción del dolor palpitante.

Continúa el Sr. Unamuno comparando el alma de Castilla con la encina, el árbol secular de sus tierras, y dice después que en España tenemos el sentimiento completamente embotado.

Hace poco—dice—Gómez Carrillo me preguntó que por qué no me dejaba de política y me dedicaba a escribir dramas, libros y poesías.

Yo, le contesté: Qué más da, todo es sentimiento. El que no siente no es capaz de lo uno ni de lo otro. Y Guerra Junqueiro, a raíz de los sucesos de 1898, me decía: Ustedes no son poetas, no pueden serlo. Después de una catástrofe hay que pensar seriamente en los medios de repararla, pero el primer grito... ese sale del corazón.

Tenía razón. En España la mayoría viven en un estado de semi inconsciencia. Algunos, en cambio, estamos en constante expectación, y frente a los acorchados tenemos casi histerismo que a veces raya en la epilepsia.

Dice D. Miguel que lo que ocurre es que hay una verdadera manía persecutoria, y que los Gobiernos están atacados también del mismo mal.

Los pobres policías—dice—persiguen por eso, porque ellos, a su vez, tienen manía persecutoria.

Tan cierto es esto, que ha llegado a surgir el mártir profesional, que se hace lesiones para contar luego que se las han hecho.

Los sucesos de Abril, que tan funestas consecuencias tuvieron, debieron su principio, precisamente, a un caso de estos de delirio persecutorio; pues un estudiante, hoy completamente loco, contó una serie de cosas que hubo que creérselas por ser estudiante, y provocó la triste fecha.

De aquello, más lamentable que el propio hecho, fué, como ya digo, el principio, y aun más grave, el fin, por

LEGADO DE MANUEL GARCIA BLANCO



no exigirse responsabilidad a quien correspondía.

Varios días se tardó en recomponer de hecho una vidriera agujereada por un balazo, grave demostración de que se había hecho fuego sobre una cámara cerrada. Pero se pusieron cristales nuevos y como hoy se obligó a mentir para echar tierra al asunto.

Toda España está enferma y se puede decir con razón que es una inmensa casa de orates.

El mejor comentario es leer otra vez aquellos «Caprichos», de Goya.

Sin embargo, la gente parece no darse cuenta del estado de cosas en que vivimos, y aun hay quien dice todavía: ¡Deje usted que se arme la gorda!

¿Pero cuándo viene la gorda? Pues si por gorda se entiende lo ocurrido en Septiembre de 1868, el 11 del mismo mes González Bravo decía que no pasaba nada.

Aquí todo está igual que entonces, sobre todo desde el 1.º de Octubre de 1917.

Pasamos por un estado genuinamente revolucionario: Una especie de fiebre acompañada de delirios y de ataques epilépticos.

Es triste lo que ocurre y esta tristeza es más dolorosa que las demás tristezas.

En 1898 nos lamentábamos de lo que sucedía, y, sin embargo, fué una catástrofe menor que la de 1921, que no es más que un efecto de aquella.

Entonces se derrumbó el imperio colonial, pésimamente sostenido por la política de los gobernantes. Se hundió principalmente en Santiago de Cuba, después de lo cual circuló aquel célebre telegrama que mencionó Salmerón en el Congreso.

El período de la regencia ha sido uno de los períodos más tristes de la Historia de España, y le sucedió la trasregencia, o sea el reinado actual.

Pero lo más triste fué la impunidad de los que provocaron la catástrofe. Todo se salvó con la regocijante fábula del absurdo aquel de los que mataron a Meco, que puso en circulación aquel gallego de Montero Ríos.

Varias veces he dicho que después ha venido el viceimperio ibérico.

Se ha tratado de buscar una solución y vengar lo ocurrido, no con el rescate, sino con el desquite, y tanta maña nos hemos dado, que después ha venido la santiagada (la llamo así porque ocurrió en vísperas de Santiago) que es algo así como los «Aparecidos», de Ibsen.

Se reprodujo lo de años anteriores y sobrevino otro hundimiento.

Este ha sido el desquite, porque el rescate ¡ay! ¡es tan difícil pasar por un estado de perfecta contricción!...

Ahora se discute la responsabilidad en el Parlamento; pero ¿se hará efecti-

va esta responsabilidad? Yo creo que hay que poner en claro toda ella, incluso la del que lo dijo.

En fin, esto, como otras tantas cosas, me parece un truco, porque hay que tener en cuenta lo que ocurrió a Melquiades Alvarez cuando marchaba a una consulta y le preguntaron qué programa llevaba, entendiéndolo que una cosa es el programa de propaganda y otra cosa es el programa de Gobierno.

Quien piensa tal cosa y cree en la existencia de estos dos programas, es capaz de tener dos palabras: una para congraciarse con algún adversario y otra para cosas efectivas.

Y ahora permítame que haga un poco de historia.

En 1843, cuando la reina Isabel II era casi una niña, siendo presidente del Consejo de ministros D. Salustiano de Olozaga, la reina dijo que éste le había forzado la firma de un decreto de disolución, y el día 1.º de Diciembre de dicho año se levantó acta en el Palacio Real, en la que Isabel II explicaba la forma en que había tenido lugar el hecho.

Esto, que fué un acto de travesura de González Bravo, fué tan pintoresco que se afirmó que Olózaga, para lograr sus propósitos había echado el cerrojo de la cámara, de la reina, y el general Dulce, que después tomó parte en el movimiento revolucionario, se cuenta que decía: Tened cuidado que no miren a la puerta porque no tiene cerrojo.

El asunto fué al Congreso, pero Olózaga, que tenía corazón y que palpitaba en él la frase calderoniana de «al Rey la vida y la hacienda le has de dar», desmintió tranquilamente la mentira regia.

Después fué embajador de España en París, miembro del Gabinete, pero siempre llevó el constante recuerdo de la villanía, y fué uno de los que más parte tomaron en la revolución del 68, que estalló cuando González Bravo ocupaba la presidencia del Consejo.

Como en la actualidad, aquella semilla de embustes dió la revolución, y es que para gobernar hace falta, principalmente, veracidad, y lo que ocurre es tan lamentable, que se sobrepone lo político a lo económico.

Algo parecido a lo que nos pasa a nosotros, está pasando en Italia con lo del fascismo. Lo que vuelve ahora es la vieja tradición de Mancini en los moldes de Mussolini, pero al fin, el fascismo, ha traído un estado menos malo que el de antes, pues ha barrido todo el espíritu de cobardía y de mendacidad de los abogados que dirigieron el parlamento Giolittiano.

Porque la cobardía da lugar a la mendacidad y a la mendacidad.

¿Podrá venir aquí algo parecido? Yo no lo veo, a pesar de haber surgido un candidato a Mussolini, que es de cine completamente.

Y es que ahora el cine tiene una importancia grandísima en la vida de la nación.

Quizá gran parte de la manía persecutoria venga de esto. El país está sobreexcitado; si le presentan a Mateu a raíz de los sucesos de Dato, lo deshace, pero no con la ferocidad de una hiena, sino con el santo recogimiento del que comulga.

Pero en fin, yo estoy charlando aquí y hago tiempo en mi constante expectación, a ver si surge algo, esperando que pase algo... Porque ha de pasar, esto es seguro, y eso que ya a mis años se va pensando de otra manera y se tienen más esperanzas, porque se tienen más recuerdos. Las esperanzas se fraguan en los recuerdos.

Y me viene a la memoria que cuando la conquista de Vasco Núñez de Balboa, iba entre sus soldados un viejo guerrero que no había visto jamás el mar y al desembarcar y subir a la montaña, desde donde se veían a ambos lados el Atlántico y el Pacífico exclamó cayendo de rodillas: ¡Gracias, Señor, que no me has permitido morir sin ver estas cosas! Y yo, que ya voy subiendo, mejor dicho, bajando en la cordillera de la vida, anhelo también ver un nuevo mar y terminar con la tentación satánica de toda la vida, de ese ¿para qué?, que muchas veces nos hace excéptico, pero que hay que rechazar, para engañar a la vida e ir engañando a la muerte.

Calderón dijo que la vida es sueño, y Sakespeare que somos nosotros los que estamos formados de sueño, y Pindaro que todo era sueño y sombra. Pero yo voy más allá y me pregunto a veces si todo esto que está pasando no será un sueño de Dios... Y cuando Dios se despierte..., ¿qué pasará? Pero dejemos esto. Yo ahora sólo debo anhelar ir poniendo los medios para no morirse sin ver, por lo menos, las primeras olas de un mar pacífico, como el viejo soldado de Vasco Núñez de Balboa.

Al terminar el Sr. Unamuno su interesantísima conferencia fué objeto de una prolongada ovación, que le tributó el distinguido y numeroso auditorio que llenaba la sala.